

ESTUDIOS CULTURALES Y SOCIOCRÍTICA

Genara PULIDO TIRADO
(*Universidad de Jaén, España*)

Palabras clave: Sociocrítica, estudios culturales, alta y baja cultura, pensamiento crítico siglo XX.

Resumen: Estudios culturales y sociocrítica aparecen en un momento del siglo XX en el que a la inquietud por el carácter complejo del discurso literario se une la preocupación por las metodologías implicadas en su análisis y el incuestionable carácter social de éstas. Ambas corrientes emergen sobre una base sociológica y marxista claras y pronto hacen suyo como objeto de conocimiento tanto el discurso literario como otros tipos de discursos. Si frente a la pluralidad metodológica del momento la sociocrítica apuesta por encontrar su propia vía hermenéutica, los estudios culturales proclaman, en una fase avanzada, su carácter “antidisciplinar” o “adisciplinar”, el cual se traduce con mucha frecuencia en un eclecticismo metodológico, especialmente visible en América Latina a partir de los años ochenta; si la sociocrítica amplía su concepto más allá de lo puramente lingüístico para acoger, por ejemplo, discursos icónicos, los estudios culturales amplían tanto su objeto de conocimiento que el término “cultura” termina siendo equivalente de todo o de nada, según como se mire.

Mots-clés : Sociocritique, les études culturelles, haute et basse culture, critique la pensée du XXe siècle.

Résumé : La sociocritique et les études culturelles sont à la fois au XXe siècle que les préoccupations concernant la nature complexe du discours littéraire

rejoint les préoccupations sur les méthodologies utilisées dans l'analyse et le caractère social de ces incontesté. Les deux brins apparaissent clairement sur un marxiste sociologiques et en firent bientôt l'objet d'une connaissance des deux discours littéraires et d'autres types de discours. Si face de la pluralité de l'offre méthodologique du moment la sociocritique tente de trouver leur propre voie herméneutique, les études culturelles demandent, à un stade avancé, son caractère «antidisciplinaire» ou «adisciplinaire», qui se traduit souvent par une méthodologie éclectique particulièrement visible en Amérique latine depuis les années quatre-vingt, si le concept se développe au-delà de la sociocritique purement linguistique pour recevoir, par exemple, les discours emblématique, les études culturelles approfondissent la connaissance de son objet, le terme «culture» finit par être équivalent de tout ou rien.

Keywords: : Sociocriticism, cultural studies, high and low culture, critical thinking twentieth century.

Abstract: Sociocriticism and cultural studies come at a time in the twentieth century that concerns about the complex nature of literary discourse joins concerns over the methodologies involved in its analysis and the social character of such undisputed. Both strands emerge on a clear Marxist sociological and soon made him the object of knowledge of both literary discourse and other types of discourse. If the face of methodological plurality of the moment sociocritical bid to find their own way hermeneutics, cultural studies claim, at an advanced stage, its “antidisciplinar” or “adisciplinar”, which frequently results in an eclectic methodological especially visible in Latin America since the eighties, if the concept expands sociocriticism beyond the purely linguistic to receive, for example, iconic discourses, cultural studies extend knowledge of its purposes the term “culture” ends up being equivalent of all or nothing, depending on how you look.

Estudios culturales y sociocrítica aparecen en un momento del siglo XX en el que a la inquietud por el carácter complejo del discurso literario se une la preocupación por las metodologías implicadas en su análisis y el incuestionable carácter social de estas. Ambas corrientes emergen sobre una base sociológica y marxista claras (ver, sobre la relación de la sociocrítica con la sociología de la literatura, A. Chicharro, 2003-2004) y pronto hacen suyo como

objeto de conocimiento tanto el discurso literario como otros tipos de discursos. Si frente a la pluralidad metodológica del momento la sociocrítica apuesta por encontrar su propia vía hermenéutica, los estudios culturales proclaman, en una fase avanzada, su carácter “antidisciplinar” o “adisciplinar”, el cual se traduce con mucha frecuencia en un eclecticismo metodológico, especialmente visible en América Latina a partir de los años ochenta (ver, al respecto, Pulido Tirado, 2009); si la sociocrítica amplía su concepto más allá de lo puramente lingüístico para acoger, por ejemplo, discursos icónicos, los estudios culturales amplían tanto su objeto de conocimiento que el término “cultura” termina siendo equivalente de todo o de nada, según como se mire. La relación de los Estudios culturales con las disciplinas establecidas ha sido vista por Jameson (1985: 2-3) con suma claridad:

Sean lo que fueren los Estudios Culturales surgieron de la insatisfacción respecto de otras disciplinas, no sólo de los contenidos sino también por sus muchas limitaciones. En este sentido, los Estudios Culturales son posdisciplinarios; pero a pesar de eso, o tal vez precisamente por dicha razón, uno de los ejes fundamentales que los sigue definiendo es su relación con las disciplinas establecidas. (Jameson, 1985: 2-3).

Sociocrítica y estudios culturales comparten, vistos desde la actualidad, no solo la misma época histórica y un común problema epistemológico de base, sino también el interés por esclarecer categorías determinantes como la de sujeto cultural, representación o identidad. Ahora bien, frente a un concepto de lo cultural, presente en los estudios culturales, que lo engloba todo, en la sociocrítica de Cros el concepto de “cultura” queda claramente trazado:

la cultura debe ser definida –entre tantas posibles definiciones– como el espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad. [...] La cultura funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia y, por consiguiente, es vivida oficialmente como guardiana de la continuidad y garante de la fidelidad que el sujeto colectivo debe observar para con la imagen de sí mismo que de ese modo recibe. (Cros, 1997: 11).

Sin embargo, el término cultura ha sufrido un importante proceso de desestabilización que el sociocrítico no ignora, como tampoco sus consecuencias:

Esta desestabilización transcribe el relajamiento de los lazos de sujeción nacional: las sociedades industriales resultan cada vez más integradas en la economía mundial y las clases dominantes ya no tienen por qué interesarse por el bienestar colectivo a nivel de la nación. Ya se nota cuán claramente las rectificaciones sufridas por las estructuras del ideologema –en este caso, la pérdida de las representaciones de los lazos cívicos y nacionales– transcriben el desvanecimiento del poder de las burguesías nacionales en provecho de una verdadera burguesía mundial que está surgiendo.

Estamos pues en un momento de transición en donde coexisten el ideologema del siglo pasado y el proceso de su deconstrucción, lo cual facilita todo tipo de manipulaciones. A nivel explícito, lo que está en disputa es el alcance y el valor simbólicos de la cultura, frente a una concepción esencialmente mercantilista que la transforma

en un producto de consumo, como los demás. Sin lugar a dudas, así es en la realidad, pero detrás de estas posturas se juega un enfrentamiento mucho más complejo y radical. Esta difracción entre el funcionamiento del ideograma y el funcionamiento del proceso de su deconstrucción, más allá de la portada lisa, inocente, y tranquilizadora del vocablo ‘cultura’, transcribe por lo mismo una de las fases más importantes del enfrentamiento geopolítico de la historia contemporánea. (Cros, 2005).

Se trata de un proceso íntimamente ligado a lo que viene llamándose globalización que otro sociocrítico, gran conocedor de los estudios culturales, también señala correctamente:

Los términos ‘prácticas culturales’ y ‘productos culturales’ parecen ser los que más terreno ganan hoy dentro de esta sintonía, quizás por designar el doble ‘objeto material’ de los ‘estudios culturales’: el conjunto de las *actividades culturales*, por una parte; por otra, el de las *realizaciones materiales* que de ellas resultan en una época (*diacronía*), en una región geográfica (*diatopía*) o en un grupo social determinado (*diastatía*). La denominación ‘prácticas culturales’ abarca en su sentido más lato todas las actividades humanas: desde los ritos religiosos de una comunidad dada y sus ceremonias públicas –sean éstas civiles, militares, jurídicas o políticas– hasta los usos familiares más íntimos y privados; incluye igualmente tanto las actividades lúdicas y deportivas, como las de índole económica, industrial o comercial. Dentro de las ‘prácticas culturales’ se incluye también el conjunto de actividades artesanales y artísticas de una comunidad. De tales actividades derivan como

resultado los llamados ‘productos culturales’ propios a las mismas. (Gómez Moriana, 2003-2004: 100).

El olvido, por parte de los practicantes de los modernos *Cultural Studies*, de que en la cultura la ideología se manifiesta con suma transparencia o, lo que es más, de que la cultura, al igual que la ideología, se plasma en manifestaciones concretas, es uno de los principales problemas que está teniendo esta corriente sociológico-humanística en plena postmodernidad donde, perdidas ya sus bases teóricas iniciales, se mueve entre el eclecticismo, las contradicciones y un “todo vale” que sume en la confusión y la incertidumbre, sobre todos a aquellos que estamos vinculados a los estudios literarios.

Ante la eclosión de objetos, la investigación literaria se halla en una redefinición de sus alcances. Los estudios sobre la cultura y los estudios culturales desde una perspectiva literaria, los avances en la conformación de los campos disciplinares de los estudios del discurso o las semióticas, generan en este momento una red de interrelaciones entre diferentes teorías o perspectivas. Asimismo, los métodos se desplazan entre las citadas teorías, después de la progresiva aceptación de los valores de lo heterogéneo en los corpus y de la heterogeneidad de los instrumentos de observación y análisis. Las implicaciones del pensamiento sobre la postmodernidad, así como la conformación de estudios transdisciplinares en campos como la lingüística o la semiótica, o la aceptación de las rupturas de paradigmas, muestran una situación epistemológica difícil de evaluar en el campo literario. A esta situación se le suma la coexistencia de distintos modelos hermenéuticos en el análisis crítico. La situación es especialmente caótica en Estados Unidos, en relación al ambiente académico de este vasto país Mario Roberto Morales ha señalado lo que se entiende en ese ámbito por *theory*:

Lo que en estos ambientes se entiende por ‘teoría’ es un amasijo de nociones fragmentarias entresacadas a discreción de un espectro cognoscitivo que abarca desde la semiología y la semiótica hasta el psiconálisis, el marxismo y el feminismo, incluyendo a veces (y aunque usted no lo crea) la teología tomista y agustiniana. (Morales, 2007: 1).

De donde se deduce que la teoría no es teoría de la literatura, sino de las prácticas productoras y receptoras de sentido, prácticas mediante las cuales los sujetos se constituyen como tales construyendo sus identidades diferenciadoras frente a otros sujetos. Se trata, en definitiva, de prácticas culturales; en tal caso la teoría sería una teoría de la cultura. No extraña, en este contexto, que Terry Eagleton (2003) haya titulado a su lúcido análisis de la cultura y estudios culturales *Después de la teoría*, título que esconde un *engaño* evidente: nunca podremos estar *después de la teoría* porque, como reconoce el mismo crítico, no puede existir ningún ser humano reflexivo sin teoría.

El problema del objeto en los estudios literarios está señalando un campo con características peculiares, en el que las formas de manifestación y transferencia de los saberes presentan la misma ausencia de rigor que los métodos específicos. Sin embargo, la apertura de las opciones investigadoras permite moldear nuevos instrumentos que hagan posible abordar aquello que ha provocado la proliferación de esos objetos. De este modo, estudiar la literatura se ha vuelto una forma de estudiar la cultura a partir de la observación de los discursos que circulan en su seno y en torno a ella y, al mismo tiempo, la conforman. Y esto porque, como señala oportunamente Gómez Moriana,

La ‘creación’ literaria no es en este contexto otra cosa que una más entre las diferentes ‘prácticas culturales’ propias de

una región o de un grupo social al interior de la misma. Y la obra literaria, en cuanto obra de arte verbal, pasa a formar parte del conjunto de los ‘productos culturales’ de esa región o grupo social, juntamente con su producción pictórica, escultórica o arquitectónica; pero también junto a sus creaciones en los dominios –más artesanales– de la cerámica, la orfebrería, la cerrajería o la carpintería. Considerar la literatura como una más entre las diversas ‘prácticas culturales’ –verbales o no verbales, artísticas o no artísticas– de una comunidad cultural dada equivale a despojarla, por una parte de lo que Walter Benjamin designara como ‘aureola’; por otra, de la transhistoricidad que le atribuyera tanto el Idealismo como el Romanticismo, o –en nuestros días– el estructuralismo inmanentista. Con ello, los conceptos mismos de ‘literatura’ y de ‘texto literario’ dejan de responder a realidades trascendentales para pasar a designar variables espacio-temporales y sociales, y el canon literario pierde su estabilidad al ser continuamente cuestionado, por lo que tiene que adaptarse a exigencias culturales siempre nuevas que obligan a abrir sus ‘muros’ de protección para incluir ‘otros’ textos de características siempre nuevas también. (Gómez Moriana, 2003-2004: 100).

El retorno de los métodos empíricos en las semióticas de la cultura, las sociosemióticas y la sociocrítica dan señales de la necesidad de producir un modo de pensar que considere los parámetros de un estudio situado en el presente, en un modelo en el que se consideren la lectura, las semiosis, la interdiscursividad, la discursividad y las prácticas sociales mediadas por el discurso, entre otros. Extender la mirada sobre los objetos implica, primero, extender los alcances

de las investigaciones y, segundo, intentar una comprensión de los fenómenos literarios como fenómenos culturales. La clave parece estar ya no en el dilema del material literario como motivador de interpretaciones de lo real, sino en aquello que se produce como conocimiento sobre el mundo como consecuencia de los efectos provocados por el uso literario de los lenguajes contemporáneos.

La sociocrítica se enfrenta a la oportunidad de sintetizar los principios de observación de la materialidad textual aprovechándola para observar el dinamismo de la producción de sentido de lo social que los atraviesa. Señala Pierrette Malckuzyinski que el campo sociocrítico de investigación realiza una aproximación a la literatura reinsertándola “en el artefacto sociocultural, y su objeto de estudio, dentro de un conjunto dinámico constituido por diversas prácticas sociales en instancia de circulación.” (1991: 18). La semiosis resulta ser el espacio de trabajo del sociocrítico, pero sin dejar de lado que se opera con y sobre textos o modalidades textuales. Para ello, el pluralismo metodológico sería una condición indispensable para la consecución de estudios literarios que no se encierran en el campo textual o en la abstracción de la obra literaria de su campo sociocultural de producción y lectura.

Recordemos una de las afirmaciones fundantes de la sociocrítica:

[La sociocrítica] Constituye aún una lectura inmanente en que retoma por su cuenta esa noción del texto ya elaborada por la crítica formal(ista) y avala ésta como objeto de estudio prioritario. Pero su finalidad es diferente, ya que la intención y la estrategia de la sociocrítica consisten en restituir al texto de los formalistas su ‘sentido’ (*“teneur”* en francés) social. La apuesta sociocrítica, es lo que está en *obra* en el texto, es decir una relación con el mundo. La propuesta, mostrar que toda creación artística es también

práctica social, y por ello, producción ideológica. (Duchet, 1979: 43).

Pero la noción de texto ha variado en las últimas décadas provocando una historia disciplinaria conflictiva. Esto ha sucedido en parte por cambios epistémicos que las comunidades científicas han hecho prevalecer, ahora concibiéndolo ya no como el objeto en sí, sino como el motivador de los objetos. Es decir, renovando las teorías se renuevan las propiedades del texto y así se retoma la vinculación entre el texto y su sentido social / cultural. Esto implica involucrar otra vez, ahora en contextos de observación más amplios, sin temor a atravesar límites teóricos, las tres dimensiones que conforman al texto como un organismo: subjetividad, ideología, literatura (Malcuzyński, 1991: 15). La observación, la intervención y la evaluación otorgarían al programa de la sociocrítica los criterios flexibles que inciden en la conformación de una “perspectiva” de los estudios literarios capaz de indagar en sí misma en la búsqueda de la superación de las limitaciones que la propia literatura genera por definición. Ya no hablaríamos solo del objeto literatura, sino de los discursos, en permanente cambio, y de la literatura como uno de ellos. También de los discursos en la literatura, con lo cual estamos tomando decisiones que atraviesan los cuerpos textuales, con todo lo que ello implica. Y en todo este proceso queda implicada una pluralidad de posiciones que hacen más correcto hablar de sociocríticas o prácticas sociocríticas y no de *la* sociocrítica o *una* sociocrítica, hecho puntualmente expuesto por Duchet (1979: 43):

Sociocrítica y no *la* sociocrítica: sería presuntuoso aquí pretender la presentación del conjunto disciplinar. Se trata más bien de un informe sobre los problemas que los progresos mismos de la investigación plantean con respecto

al análisis social e ideológico de los textos. Un informe a varias voces que nació del deseo de confrontar diferentes experiencias a partir de diversos dominios; del afán de tener en cuenta tanto las aperturas teóricas y metodológicas de estos últimos años como las dificultades, los límites, los malentendidos; y de la voluntad, finalmente, de no satisfacerse con lo adquirido sino de perfilar, si se pudiera, algunas perspectivas de estudio. Duchet (1979: 43).

Estamos, pues, ante una pluralidad de posiciones que se produce también en los estudios culturales. Ahora bien, la diferencia es tajante en lo que se refiere a la consideración del discurso literario ya que mientras que en la sociocrítica la literatura sigue ocupando un lugar central, en los estudios literarios, tras su expansión por Estados Unidos y Asia, la literatura se ha relegado a un plano muy secundario. No es de extrañar que las críticas, en este sentido, así como la desconfianza, hayan acompañado a los estudios culturales de los últimos tiempos.

Hernán Vidal (2000-2001) ha intentado exponer esta situación atendiendo a cierta actitud conciliadora:

En lo práctico, esta ‘multifocalización’ significa trabajar con series paralelas y simultáneas de discursos culturales en que la literatura ya no tiene un lugar privilegiado. No se trata de que la literatura haya quedado obsoleta. Aunque la considero muy importante, mi interés investigativo está en determinar las interrelaciones existentes dentro de conjuntos discursivos mayores. Entre ellos la literatura queda desplazada a una función complementaria. Por eso los estudios culturales se han convertido en causantes de fricción y desequilibrio para la inercia intelectual de

departamentos universitarios originalmente creados para el estudio de las literaturas hispánicas. Hernán Vidal (2000-2001).

Es entonces cuando surgen serias reservas por parte de los estudiosos de la literatura hacia los estudios literarios, es entonces cuando son vistos como una amenaza.

Centrémonos ahora en los *Cultural Studies* / Estudios Culturales. En principio, lo que hoy se publica o se escribe bajo la rúbrica de “estudios culturales” parece ignorar que, en tiempos de globalización, su objeto de estudio, la cultura, se ha convertido en un bien de consumo gobernado por los imperativos del mercado. Esto quiere decir que sin una consideración seria de los vínculos entre la cultura y la economía política, los estudios culturales corren el peligro de perder de vista su objeto. Si los estudios culturales quieren ser, como pretenden, un paradigma innovador en el área de las ciencias sociales y las humanidades, entonces deben reconocer que la cultura se halla vinculada a un aparato de producción y distribución que, ya desde Marx, recibe un nombre propio, capitalismo. Una de las tareas más urgentes de los estudios culturales es, a mi juicio, plantear las bases para una *crítica de la economía política de la cultura*. Para ello disponen de toda una tradición de pensamiento crítico elaborada durante el siglo pasado, a la cual la obra de Althusser contribuyó de manera significativa, al igual que la de Gramsci. Obviamente, esta tradición deberá ser repensada y reelaborada según las nuevas necesidades de la sociedad contemporánea.

Para empezar, no podemos olvidar que los estudios culturales surgieron como una crítica y revisión del postulado marxista que trata la cultura como parte de la superestructura ideológica considerando esta última reflejo de la base económica. Contra este inoperante modelo base-superestructura reaccionan también Althusser, Gramsci,

la Escuela de Frankfurt... y otros muchos autores. En sus inicios británicos los estudios culturales reivindican la cultura popular de las clases obreras frente a la cultura dominante, a ello se une un movimiento político de oposición –la Nueva Izquierda, a la que pertenecen muchos de estos autores, es significativa al respecto– que considera la lucha cultural como una variante de la lucha política cuyo objetivo era cambiar las relaciones sociales a favor de la clase obrera (una visión global de los estudios culturales la he dado en otro lugar, Pulido Tirado, 2003).

En una primera etapa de los *Cultural Studies* británicos hay que destacar el Centro Internacional de Estudios Culturales de Birmingham; se vienen considerando fundadores de esta tendencia R. Hoggart, R. Williams y E.P. Thompson –*Founding Fathers*. Raymond Williams, protagonista de primera fila que liga íntimamente el surgimiento de los *Cultural Studies* con la enseñanza de adultos, rememora el momento de irrupción teórica cuando ese tipo de enseñanza está empezando a perder su sentido primitivo:

Justo en ese momento apareció un cuerpo de teoría que racionalizó la situación de esta formación en vías de burocratizar y convertirse en morada de intelectuales especializados. Es decir, las teorías que vinieron –el renacimiento del formalismo, los tiempos más simples (incluidos los marxistas) de estructuralismo– tendieron a considerar que los encuentros prácticos de las personas en la sociedad tenían relativamente pocos efectos sobre su progreso general, dado que las principales fuerzas intrínsecas de esa sociedad poseían estructuras profundas –en las formas más simples– las personas que las operaban eran meros agentes. (Williams, 1997: 194).

Hacia finales de los años sesenta el proyecto original de los estudios culturales empieza a experimentar un cambio de orientación política y metodológica. El movimiento estudiantil del 68 y la creciente importancia de la cultura visual en el imaginario popular hacía necesaria una revisión de los presupuestos teóricos establecidos por Hoggart, Williams y Thompson. Esta fue justamente la labor emprendida por Stuart Hall, quien asumió la dirección del Centro en 1972. Como jamaicano negro, Hall ya no podía mirar con nostalgia hacia el pasado de una Inglaterra impoluta frente al impacto de los medios de comunicación de masas. Su preocupación no era “recuperar” valores culturales del pasado, sino entender el presente en sus propios términos con el fin de articular una crítica de sus problemas. Por eso, la irrupción de la sociedad de consumo y la incidencia de los medios de comunicación en el imaginario colectivo, que Hoggart, Williams y Thompson percibían todavía como amenazas contra los valores de la cultura popular, es tomada por Hall como *punto de partida* de los estudios culturales. Su contribución radicó en haber mostrado la necesidad de plantear un diálogo creativo con la teoría social más avanzada de su tiempo: el estructuralismo. Con Hall entramos, pues, en la etapa propiamente althusseriana de los estudios culturales (v., al respecto, Santiago Castro-Gómez, 2000).

En efecto, con la llegada de Stuart Hall a la dirección del Centro podemos hablar de un “cambio de paradigma” en la orientación de los estudios culturales: del paradigma humanista, inspirado en los estudios literarios, al paradigma estructuralista, inspirado en el psicoanálisis y la teoría social marxista. Esta contraposición podríamos conceptualizarla de la siguiente forma: mientras que en el paradigma humanista la cultura es vista como anclada en la subjetividad de los actores sociales, en su “experiencia vivida”, como decía Raymond Williams, en el paradigma estructuralista la cultura es un *producto*

anclado en “aparatos” institucionales y posee, por tanto, una materialidad específica. El punto de arranque de los estudios culturales ya no son los valores, las expectativas y los comportamientos de los obreros o de cualquier sujeto social en particular, sino los *dispositivos* a partir de los cuales los “bienes simbólicos” (la cultura) son producidos y ofrecidos al público como mercancía. El análisis de la cultura se convierte de este modo en una crítica del capitalismo.

El mismo Stuart Hall, para un público fundamentalmente norteamericano, y en 1992, echa la vista atrás para hablar de los legados teóricos de los Estudios Culturales. En todo momento es consciente de que se trata de “orientarnos acerca de la cuestión general de las políticas de la teoría” (1992:1). La complejidad de la corriente, su carácter plural e híbrido, se destaca en todo momento al calificarlos de “conjunto de formaciones inestables” (1992: 2) que encierran abundantes metodologías y posiciones teóricas en disputa, de ahí que se califique el trabajo teórico realizado en el Centro de Estudios Contemporáneos de “ruido teórico” (1992: 2). Ante el mecanicismo del marxismo vulgar Hall reconoce los numerosos estímulos teóricos de Gramsci (ver Hall, 1986) así como dos momentos cruciales en los *Cultural Studies* marcados, primero, por la aparición del feminismo y, segundo, de la raza. Sin embargo, hay un factor que importa destacar especialmente por su importancia en el ámbito de los estudios literarios: “Lo que descentró y dislocó el sendero tranquilo hacia el Centro de E.C., seguro, y hacia e.c. británicos hasta cierto punto, es lo que a veces se llama ‘el giro lingüístico’, el descubrimiento de la discursividad, de la textualidad” (1992: 7). Y es en este punto en el que no puede negarse la relación con el estructuralismo y la semiótica.

No extraña, pues, que el mismo Hall distinga dos paradigmas en el seno de los estudios culturales: el culturalista y el estructuralista, y la diferencia entre ellos es importante:

Se ha comentado que mientras el paradigma ‘culturalista’ puede ser definido sin necesidad de recurrir a una referencia conceptual al término ‘ideología’ (evidentemente la *palabra* aparece, mas no se trata de un concepto clave), las intervenciones ‘estructuralistas’ han sido en gran medida articuladas en torno al concepto de ‘ideología’: consecuentemente con su más impecable linaje marxista, el de ‘cultura’ no figura de manera tan prominente. (Hall, 1994: 9).

Sin embargo, con el paso de los años y la expansión transatlántica de los estudios culturales, a la par que con su relación con la post-modernidad y la Academia, la situación se complica. La construcción de una teoría de la cultura “cabalmente materialista” que proclamaba Hall no parece estar cercana. Se puede decir que la gran aceptación curricular que han tenido los estudios culturales en universidades norteamericanas de élite, así como su correspondiente éxito editorial, corren paralelos a este proceso de eliminación de sus elementos marxistas. Se trata ya de una etapa distinta (post-althusseriana) que está marcada por la influencia que empiezan a tener filósofos como Baudrillard, Lyotard y Derrida y, muy a pesar de estos autores, por un retorno insospechado del humanismo metodológico. En la era del supuesto fin de la ideología y de la historia los estudios culturales se convierten en un cajón de sastre en el que se tratan cuestiones muy dispares referentes a medios de comunicación de masas, género y sexo, raza, representación, nacionalismo, culturas populares y subculturas, artes, y un largo etcétera. Lo que parece injustamente ignorado es un hecho nada baladí: la relación entre política y cultura es indisoluble ya que la cultura se entiende con referencia al concepto de experiencia o vida cotidiana. Y además las ideologías son concepciones del mundo que penetran en la vida práctica de los hombres y pueden animar e inspirar la praxis social.

Jameson (1986) ha formulado la cultura como forma lógica constitutiva del capitalismo tardío, entonces la cultura es un campo de lucha simbólica donde se pone en juego constantemente la lucha por la hegemonía del significado.

En este contexto surge el miedo de los representantes de los estudios literarios por la posible desaparición de esta disciplina toda vez que los estudios culturales parecen abarcarlo todo, sobre todo en el ámbito académico en el que la institucionalización ha conllevado una expansión que amenaza con eliminar o asimilar todo lo que encuentran a su paso. La literatura, por otra parte, no parece pasar por sus mejores momentos si nos atenemos a criterios cuantitativos (consumo escaso en relación a otros productos de baja cultura o cultura popular), aunque desde un punto de vista cualitativo el siglo XX nos ha dejado muestras realmente brillantes.

Pero estudios culturales y estudios literarios no tienen por qué oponerse entre sí, el testimonio de Morales (2007: 2) es esclarecedor en este sentido:

Los Estudios Culturales no tienen pues por qué oponerse irreconciliablemente a los Estudios Literarios, si es que somos capaces de hacer valer la especificidad literaria de entre otras especificidades significantes como las de la pintura, la escultura, el cine, la publicidad, la música ligera, las culturas populares y los muchos productos de la industria cultural. Por el contrario, nuestra capacidad de relacionar la obra literaria con estas producciones de sentido ampliará y enriquecerá los Estudios Literarios, porque el análisis social realizado desde las especificidades de las diferentes prácticas de sentido arroja luz acerca de las mentalidades e ideologías de las diferentes clases y estratos sociales que posibilitan la acción intercultural.

Además, no hay que olvidar que han sido las prácticas de lectura analítica propias de los Estudios Literarios las que han hecho posible la evolución que nos ha llevado a los Estudios culturales, y de seguro aquéllas todavía tienen mucho que aportar a lo que algún día será el bagaje metodológico de éstos. (Morales, 2007: 2).

Esta actitud encierra, sin duda, una alta dosis de idealismo. Beatriz Sarlo, practicante de los estudios literarios a la par que de la crítica literaria ha sabido ver el problema de fondo que encierra toda esta problemática: la cuestión de los valores estéticos. Hay que ser conscientes del *impasse* disciplinario que se constituye en trasfondo de esta situación, así como de la relación de las disciplinas con una ideología hegemónica (la nueva derecha en Estados Unidos). La negación de la dicotomía alta / baja cultura se inscribe, en cambio, en el seno de la Nueva Izquierda británica que ve en la reivindicación de la cultura popular una forma revolucionaria de enfrentarse al sistema. La aparición de la cultura de masas viene a hacer más complejo el panorama. Entonces,

El futuro de la crítica literaria, en un mundo donde el lugar de la literatura está cambiando aún más velozmente, no puede hipotetizarse en los marcos de una vieja discusión de hace treinta o cuarenta años. La academia internacional ha percibido estas líneas de desarrollo y ha planificado sus propias respuestas. La popularidad creciente de los estudios culturales y del análisis cultural, que da trabajo a cientos de críticos literarios reciclados, es una de las respuestas. (Sarlo, 1996: 35-36).

La crítica literaria no puede, pues, fundirse y perderse en la crítica cultural. Haciendo un balance que no pretende negar la legítimi-

dad del estudio de la cultura, siguiendo a la autora argentina, hay problemas específicamente literarios que los estudios culturales no pueden solventar como la relación entre la literatura y la dimensión simbólica de la sociedad, las cualidades específicas de los discursos literarios y la idiosincrasia del diálogo que se establece entre textos literarios y textos sociales. La sociocrítica, en cambio, sí puede ofrecer respuestas acorde con los tiempos que vivimos, de ahí su validez en el ámbito de los estudios literarios.

Antes de terminar quiero destacar aquí, a manera de epílogo, la coincidencia teórica fundamental que se puede detectar entre dos destacados representantes, uno de la sociocrítica, Edmond Cros, y otro de los estudios culturales latinoamericanos –y también de la crítica literaria–, Antonio Cornejo Polar (hecho nada extraño, recordemos la importante presencia de la sociocrítica de Cros en el ámbito hispano que ha estudiado A. Chicharro, 2008).

La noción de sujeto cultural ha sido desarrollada por Edmond Cros en *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Según el teórico, esta categoría designa: “1-una instancia de discurso ocupada por Yo; 2- la emergencia y el funcionamiento de una subjetividad; 3- un sujeto colectivo; 4- un proceso de sumisión ideológica” (Cros, 1997: 9). En otras palabras, el sujeto cultural se configura en la representación discursiva. Distinguiéndose del sujeto del deseo, que se expresa en el plano de la enunciación, el sujeto cultural se manifiesta en el plano del enunciado y, a la vez, se enmascara en él, constituyéndose por todos los integrantes de una misma colectividad que, sin embargo, dice Cros, son remitidos respectivamente a sus propias clases sociales

Edmond Cros propone la noción de sujeto cultural y muestra, a partir del análisis de algunos documentos, cómo este opera en los textos lingüísticos o icónicos. Instancia mediadora entre el lenguaje y el discurso y, en cuanto señuelo del otro, entre el yo y lo semejante,

el sujeto cultural se manifiesta, en el marco de un sistema plurisistemático, como una instancia intrapsíquica que coincide con la del sujeto del no-consciente, sin reducirse a ella sin embargo.

La coincidencia del autor de Montpellier con el peruano Cornejo Polar, crítico destacado del ámbito latinoamericano y productor de algunas de las nociones más operativas de los estudios literarios-culturales de finales del siglo XX, es digna de mención. Dice el autor hispanoamericano:

...el sujeto individual o colectivo no se construye en y para sí; se hace, casi literalmente, en relación con otros sujetos, pero también (y decisivamente) por y en su relación con el mundo. En este sentido, la mimesis no se clausura en su función re-presentativa de la realidad del mundo [...]; más bien, en cuanto construcción discursiva de lo real, en la mimesis el sujeto se define en la medida en que propone como mundo objetivo un orden de cosas que evoca en 'términos' de realidad independiente del sujeto y que, sin embargo, no existe más que como el sujeto la dice [...] En otros términos, no hay mimesis sin sujeto, pero no hay sujeto que se constituya al margen de la mimesis del mundo. (Cornejo Polar, 1994: 22).

Se impone revisar los orígenes de la entidad que sienta las bases para la construcción de lo que hoy conocemos como sujeto latinoamericano contemporáneo. Dicha revisión implica una vuelta a los textos coloniales que se producen a partir de la llegada de Colón a lo que más tarde se llamará Nuevo Mundo o América. Dicho corpus textual descubre dos instancias: la noción de sujeto colonial en su amplia dimensión, y la interacción entre dos sujetos coloniales que se relacionan de manera jerárquica: el yo imperial y el otro ame-

rindio. La noción de sujeto colonial actuaría como agente cuya voz domina la producción y recepción del/de los discurso(s) coloniales. Se entiende por “agencia textual” una noción válida para revelar las voces indígenas en los textos colombinos.

La noción del sujeto colonial también permite plantear sus diferentes posiciones, que se pueden extraer empleando las categorías de “yo” y el “otro.” Estas categorías se presentan como lugares jerarquizados de enunciación que se siguen reproduciendo en la actualidad. A su vez, las categorías de “yo” y “otro” revelan los conceptos de identidad y alteridad en tanto que lugares a partir de los cuales se ejerce o se recibe la “agencia” de un sujeto. A partir de esta perspectiva, podemos observar que lo que se considera el canon de las letras coloniales hispanoamericanas reproduce la visión del yo imperial y eurocéntrico. Esta visión cumple aún una función dominante en la producción textual latinoamericana contemporánea porque reafirma un sujeto criollo con ideología eurocéntrica y condiciona lo que el sujeto latinoamericano actual entiende, acepta, idealiza o reafirma como su identidad.

Las declaraciones de Cros al definir al sujeto cultural colonial son fundamentales en este punto:

...contradicciones fundamentales [...] caracterizan al sujeto cultural colonial. Despojado de sus derechos, exiliado para siempre de la que creía su patria [...] este sujeto descubre al mismo tiempo la vacuidad y la soledad que se venía ocultando a sí mismo detrás de los señuelos de un supuesto proceso de sincretismo. (Cros, 1997: 55).

Y esto porque el indio, al interiorizar categorías originales que le son extrañas y contradictorias en relación a las suyas primitivas interioriza una alteridad irreductible a sus propias normas y la

imaginación colectiva sólo puede producir figuras híbridas. Como puntualiza Cros (1997: 52):

La ‘alteridad’ no puede representarse puesto que la identificación con el Otro sólo puede producirse a través de mis propios modelos discursivos, producidos precisamente para expresar lo que soy, lo que sé o lo que imagino y no han sido producidos sino por eso; de ahí, su incapacidad para dar cuenta de todo lo que me es exterior y exterior a mi universo. (Cros, 1997: 52).

Pero no podemos olvidar lo que señala Roleana Adorno (1988) sobre la alteridad y la semejanza: un término tiene sentido positivo, otro negativo; además, son términos extremos, esto es, no existen posiciones intermedias. La alteridad es necesaria desde cierta perspectiva puesto que “el sujeto se reconoce a sí mismo reconociendo al otro. La exigencia de definir el carácter del otro es el auto-reconocimiento por el sujeto de la necesidad de fijar sus propios límites. Como proceso cultural, la creación de la alteridad parece ser una exigencia y una inevitabilidad del sujeto, sea éste colonizador o colonizado” (Adorno, 1988: 68).

Lo que se llama “sujeto cultural colonial latinoamericano” es el producto de la Conquista y Colonización no solo material, sino también de las subjetividades y de su modo de comprender el mundo. Como lo dice Antonio Cornejo Polar, “la condición colonial consiste (...) en negarle al colonizado su identidad como sujeto, en trozar todos los vínculos que le conferían esa identidad y en imponerle otros que lo disturban y desarticulan, con especial crudeza en el momento de la conquista”, pero también a lo largo de los siglos posteriores. Sin embargo, esto no significa plantear la idea de un sujeto totalmente colonizado, impedido de toda agencia social. En

cambio, se trata de entender, en el plano latinoamericano, al sujeto colonial como un agente social que, a la vez que está “sometido” a una visión del mundo dominante, produce sus propios modos de entender de acuerdo a sus circunstancias históricas concretas. Esta situación se presenta como problemática y contradictoria en tanto el sujeto percibe su realidad, pero se ve impedido o carente de los instrumentos necesarios para hacer frente a ella y cambiarla.

En cualquier caso, Latinoamérica lleva, en sentido laxo más de medio siglo, en sentido más estricto tres décadas, batallando en el plano teórico (que algunos les niegan) para establecer una especificidad plural que contrasta con la visiones que desde distintas metrópolis se han venido dando a lo largo de la historia. Se trata de un proceso duro y apasionante, lúcido, aunque no exento de contradicciones, que ya ha producido resultados de innegable validez, como he estudiado en otro lugar (Pulido Tirado, 2009).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Rolf (1988), “El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 28, pp. 55-68.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2000), “Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología”, *Revista Iberoamericana*, 193, pp. 737-751. www.oei.es/salactsi/castro3.htm (Consultado en enero de 2008).
- CHICHARRO, Antonio (2004-2004), “Una introducción al estudio de las teorías sociocríticas y sus relaciones con los estudios sociológicos y sociales de la literatura o el ‘problema fundamental’”, *Sociocriticism*, vol. XVIII, 2-vol. XIX, 1. Monográfico *Literatura y sociedad después de la caída del muro*, eds. A. Chicharro y E. Cros.

- CHICHARRO, Antonio (2008), “Estudios sociocríticos crosianos e hispanismo”, *Káñina. Revista de Artes y Letras*, vol. XXXII (1), pp. 13-27.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1994), *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural de las literaturas andinas*, Lima, Editorial Horizonte.
- CROS, Edmond (1997), *El sujeto cultural: Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Eds. Corregidor.
- CROS, Edmond (2005), “Cultura y mundialización”, *I Congreso Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*, e. p.
- DUCHET, Claude (1979), “Posiciones y perspectivas sociocríticas”. En MALCUZYNSKI (1991).
- EAGLETON, Terry (2003), *Después de la teoría*, Barcelona, Debate, 2005.
- HALL, Stuart (1986), “La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad”, *Revista Colombiana de Antropología*, 41, enero diciembre 2005, pp. 210-257.
- HALL, Stuart (1992), “Estudios culturales y sus legados teóricos”. Traducido al español en www.ram.wan.net/.../estudios%20culturales%20y%20sus%20legados%20teoricos.doc (Consultado en marzo de 2009).
- HALL, Stuart (1994), “Estudios Culturales: Dos Paradigmas”, *Causas y Azares* (Argentina), 1. <http://www.nombrefalso.com.ar> (Consultado en marzo de 2009).
- JAMESON, Fredric (1986), “Sobre los ‘Estudios Culturales’”, en F. Jameson y S. Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Argentina, Paidós, 1998; y www.chocolautas.edu.es (Consultado en mayo de 2007).
- GÓMEZ MORIANA, Antonio (2003-2004), “Estudios culturales”, *Sociocriticism*, vol. XVIII, 2-vol. XIX, 1. Monográfico *Literatura y sociedad después de la caída del muro*, eds. A. Chicharro y E. Cros.

- MALCUZYNSKI, Pierrette (1991) *Sociocríticas, prácticas textuales, cultura de fronteras*, Amsterdam - Atlanta, Rodopi.
- MORALES, M. R. (2007), "Tesis para una agenda de crítica cultural y literaria latinoamericana", *La Insignia*, 25 de noviembre, pp. 1-4. <http://www.lainsignia.org> (Consultado en junio de 2009).
- PULIDO TIRADO, Genara (2003), "Cuando la cultura popular tomó la calle y la Academia: sobre el lugar cambiante de los Estudios Culturales", en *Estudios culturales*, Jaén, Universidad de Jaén.
- PULIDO TIRADO, Genara (2009), *Constelaciones de teorías. El giro culturalista en los estudios literarios latinoamericanos*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- SARLO, Beatriz (1997), "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", *Revista de Crítica Cultural*, 14, pp. 32-38.
- VIDAL, Hernán (2000-2001), "Estudios culturales: ¿Disciplina ya constituida o nada más que agendas convergentes?", *Nuevo Texto Crítico*, vol. XIII-XIV, 25-28.
- WILLIAMS, Raymond (1997) "El futuro de los estudios culturales", en *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, pp. 187-200.